

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Maximiliano Sauza Durán

maxsauza@gmail.com

Universidad Veracruzana

## *Sonrisas de piedra y barro. Iconografías prehispánicas de la Costa del Golfo de México, de Sara Ladrón de Guevara*

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 56, abril-junio 2021, pp. 73-74.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México



*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# ENTRE LIBROS

## La magia del icono

### Iconografía prehispánica

Maximiliano Sauza  
Durán



Sara Ladrón de Guevara, *Sonrisas de piedra y barro. Iconografías prehispánicas de la Costa del Golfo de México*, UV, 2020, 267 pp.

En una de las novelas más hermosas de nuestro tiempo –*Me llamo Rojo*, de Orhan Pamuk– el personaje Negro comenta: “Ahora comprendo que en realidad lo que han hecho los miles de ilustradores que han reproducido lentamente y de manera imperceptible la misma imagen a lo largo de los siglos ha sido la lenta e imperceptible conversión de un mundo en otro”. Muchas de las reflexiones de esta novela histórica, que desglosan las múltiples teorías miméticas y el sistema filosófico del Estambul

Si algo caracteriza al estilo de Sara Ladrón de Guevara es la palabra transparente, límpida, despojada de tecnicismos innecesarios; no hay en sus páginas conceptos vacíos, tampoco hallará el lector citas que devienen –como ella misma nos decía a sus alumnos– en pura paja. La compleja sencillez de la autora sintetiza nociones dificultosas y aún hoy debatibles en el medio especializado.

del siglo xvi, me resultan análogas al universo plástico mesoamericano y, muy concretamente, al de la costa del Golfo, la región levante de Mesoamérica, que Sara Ladrón de Guevara ha estudiado con extraña mezcla de erudición y sensibilidad a lo largo de muchos años y cuyos hallazgos se concretan –nuevamente– en *Sonrisas de piedra y barro*.

Cuatro partes integran este libro (“Desde el este de Mesoamérica”, “Sur de Veracruz, los orígenes mesoamericanos”, “Centro de Veracruz, la multiculturalidad llamada Totonacapan” y “Norte de Veracruz, el barroquismo iconográfico”). La Presentación la debemos a otro arqueólogo de extraordinaria pluma –*rara avis* de este género–: Eduardo Matos Moctezuma. *Sonrisas de piedra y barro* es más que una antología de textos publicados en revistas varias o presentados en coloquios y congresos internacionales; es una propuesta de unidad temática: la iconografía; además, muchos de los ensayos resultaban de difícil ubicación y consulta bibliográfica, y felizmente se publican ahora –ilustrados a color– en un solo volumen.

Una primera e infrecuente virtud en el medio académico siempre ha sido, es y será la claridad. Pulan los trogloditas que creen que complejo es sinónimo de enredado. Si algo caracteriza al estilo de

Sara Ladrón de Guevara es la palabra transparente, límpida, despojada de tecnicismos innecesarios; no hay en sus páginas conceptos vacíos, tampoco hallará el lector citas que devienen –como ella misma nos decía a sus alumnos– en pura paja. La compleja sencillez de la autora sintetiza nociones dificultosas y aún hoy debatibles en el medio especializado. Al hablar, por ejemplo, de la serpiente emplumada, de las características de las aves, de los felinos y los reptiles, así como de los niveles cósmicos que representan estos y que en el numen se reúnen, señala puntual: “Nada mejor que una serpiente emplumada para ascender o descender, para trascendernos” (27).

Una segunda virtud del estilo de la autora: una tríada enunciativa: la creencia fundamentada, el sustento teórico y la sensibilidad artística. Resume siempre con acierto en unos cuantos renglones problemas teóricos que a otros nos llevaría un libro entero resolver, por ejemplo:

Así, podemos hacer una distinción: cuando se habla de estilo olmeca, se hace referencia a esta gran extensión territorial [de Colima a Costa Rica], mientras que cuando se habla de cultura olmeca, el discurso se restringe a la llamada “área nuclear olmeca” que se ubica en el sur del

actual estado de Veracruz y parte de Tabasco (78).

Algunos axiomas son abiertamente sugerentes:

¿El sacrificio [en el juego de pelota] se llevaba a cabo antes o después del juego? Siempre se ha asumido que este era después, pero esto se debe a que se reconoce el sacrificio como premio o castigo del desempeño en el juego. ¿Y si se tratase de una condición para jugarlo, de un ofrecimiento para poder practicar un acto de ocio divino? (209)

Otros pasajes solo son bellos:

En la Ofrenda 4 de La Venta, las pequeñas hachas devienen estelas y las figurillas se tornan gigantes (111).

Si observamos la pluralidad de temas que recorre este libro, veremos el dominio que la autora ejerce sobre ellos: el lenguaje corporal de pétreos hombres y dioses, las culturas madres y las civilizaciones huérfanas de nuestra historia, las sonrisas del barro, los mudos llantos de las calmas estelas, las escenas silenciosas de la policromía mural, la imaginaria dinámica de su obsesivo El Tajín (mapa de su pensamiento), el juego de pelota y su simbiosis con el universal equilibrio, la defensa de la perspectiva de género en el quehacer arqueológico, la resolución de un mito en la síntesis icónica, los vínculos imaginativos de los pueblos prístinos, la danza inmóvil de las formas en la piedra, el arrullo de los melancólicos labios de las cabezas colosales olmecas, las caritas que sonrían como burlándose de nosotros –sus ingenuos espectadores–... Vuelvo a Pamuk: “Todas las historias son las historias de todos”.

En *Sonrisas de piedra y barro* Sara Ladrón de Guevara sistematiza una cosmovisión. No tanto la mesoamericana como la suya propia. Sus intuiciones cristalinas adquieren volumen, relieve, textura, forma, fondo. Como todo buen libro, sus ideas no pasan desapercibidas; hay muchas que yo mismo no comparto, pero son constantemente seductoras; nos invitan a la reflexión, a la documentación, a la contemplación, incluso si no comulgamos con ellas. Muchas opiniones me surgen, pero sé que este no es espacio para expresarlas. Sin embargo, a manera de invitación a la lectura, expongo unas breves cuestiones: ¿podrían tener algún vínculo las figurillas sonrientes doblemente diestras con las *Cihuateteo* –plural de *Cihuateo*, un uso indistinto que cual muletilla debemos exorcizar– que portan en la zurda ya un escudo, ya un sahumero, ya el cadáver de un infante fenecido? ¿Es posible que en vez de Quetzalcóhuatl, el “ser con doble cuerpo y con doble perfil, formando un solo rostro” (222) –recurrente en los relieves de El Tajín–, el que aparece sea más bien, y continuando con la nomenclatura náhuatl, Ometéotl (Señor Dual), Tonacatecuhtli (Señor de Nuestro Sustento), Moyocoyani (El que se Hace a Sí Mismo), Tloque Nahuaque (El Señor de lo Cercano y de lo Junto), Ipalnemohuani (El que se Piensa a Sí Mismo)? ¿Pueden reconstruirse mitemas con los iconos? ¿Puede una cultura definirse iconográficamente? ¿Y toda una civilización?

Los buenos libros no dan respuestas, germinan incógnitas. **LPyH**

**Maximiliano Sauza Durán** es arqueólogo y maestro en Literatura Mexicana por la UV. Recientemente obtuvo el Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo 2020.

## Los rostros de la muerte

### Poesía

Mario Salvatierra



**Elisa Díaz Castelo**, *El reino de lo no lineal*, México, FCE/INBAL/ICA, 2020, 69 pp.

En el más famoso de sus soliloquios, Hamlet sopesa si vale la pena vivir y soportar los sufrimientos que esto implica o si es preferible entregarse sin demora al descanso de la tumba. Ante la posibilidad de que al trasponer el umbral de la existencia los suplicios no concluyan, el dilema se complica, pues, en ese sueño de la muerte, quién puede saber qué otros sueños vendrán. Sin embargo y en contra de lo que cree el príncipe de Dinamarca, algunos viajeros han regresado del país de los muertos: Orfeo, Odiseo, Eneas y Dante, por nombrar a los más célebres; por desgracia, estos personajes no nos informan sobre lo que se siente cuando el hilo de la vida revienta porque su aventura es una traslación física y no un proceso biológico.

Precisamente, la experiencia de este trance inevitable es la materia de *El reino de lo no lineal*, segundo libro de Elisa Díaz Castelo (México, 1986) y acreedor al Pre-